

—¡Venid! Vamos al salón de baile. Dicen que es un prodigio.

Cambió una última tierna mirada con Lisbeth, mientras que Pedro y Narciso le seguían abriéndose paso los tres con mucha dificultad, llegando á la galería vecina, en medio de una oleada de faldas, entre un torbellino de nuca y de hombros, de los que se desprendía la pasión que hace la vida; el olor de amor y de muerte.

Con incomparable esplendor desarrollábase la galería, que tenía de ancho dos metros y de largo veinte, con sus ocho ventanas que daban al Corso, desnudas, sin ninguna cortina que velase sus cristales, é incendiando las casas de enfrente. Era una claridad deslumbradora la de aquellos siete pares de candelabros enormes de mármol, que grandes ramos de lamparitas eléctricas convertían en gigantes antorchas, semejantes á astros; y arriba, en lo alto, á todo lo largo de las cornisas había otras lamparitas encerradas en flores de colores claros, formando como una milagrosa guirnalda de flores flameantes, de tulipanes, de rosas, de magnolias. El antiguo terciopelo de las paredes, salpicado de hojuelas de oro, adquiría reflejos de brasa, un tono de encendido fuego. En las puertas y las ventanas los cortinajes eran de encaje antiguo bordado con sedas de colores, representando flores de una intensidad viviente; pero bajo el suntuoso artesonado formado por cuadros y recuadros adornados con rosetones de oro, lo que constituía la sorpresa sin igual, sin parecido en el mundo, era la colección de obras maestras, tal cual ningún museo la ofrece semejante ni más hermosa. Había allí obras de Rafael, Ticiano, Rembrant y Rubens, de Velázquez y de Ribera, obras famosas entre todas, que repentinamente, en medio de aquel esplendor de luz, aparecían como triunfantes de juventud, como despertando á la vida inmortal del genio. Y como á sus majestades no se les esperaba hasta las doce, abrióse el baile y un vals arrastró á las parejas, con vuelos de claros tocados á través de la fastuosa muchedumbre, un desbordamiento de condecoraciones y de alhajas, de uniformes bordados de oro y de vestidos bordados de perlas, entre otro desbordamiento sin cesar aumentado de terciopelo raso y seda.

—Esto es realmente prodigioso,—dijo Prada con un aire

excitado.—Venid por aquí, vamos á colocarnos en el hueco de una ventana. Es el mejor sitio para verlo todo, sin que á uno le den muchos empujones.

Habían perdido á Narciso y se encontraron los dos solos, Pedro y el conde, cuando se colocaron en el deseado hueco de la ventana. La orquesta, que estaba colocada en una estrada en el fondo de la sala, acababa entonces el vals, y los que bailaban dejaron de hacerlo, dirigiéndose lentamente y con un aire de embelesado aturdimiento á sus sitios, en medio de la ola invasora de la muchedumbre, cuando se produjo un incidente que hizo volver todas las cabezas. Entró en el salón *donna* Serafina, con traje de raso carmesí, como si quisiese llevar los colores de su hermano, y se apoyaba regiamente en el brazo del abogado consistorial Morano. Nunca se había apretado tanto el talle, como aquella noche, y así que parecía el de una joven, ni jamás su faz dura de solterona, cortada por grandes pliegues, apenas dulcificada por el blanco cabello, había expresado una tan testaruda y tan victoriosa dominación. Oyóse un murmullo de discreta aprobación, una especie de público desahogo, porque la sociedad romana había desaprobado la conducta indigna de Morano al romper unas relaciones que contaban treinta años de fecha, á las cuales habíanse acostumbrado los salones lo mismo que si se tratase de un legítimo matrimonio. Hablábbase de un capricho inconfesable inspirado por una modesta burguesa, de un mal pretexto para buscar una ruptura de relaciones, á consecuencia de una disputa suscitada por la diseusión del divorcio de Benedetta, por entonces de éxito dudoso. La separación duró dos meses con gran escándalo de Roma, en donde continuó el culto de las prolongadas fieles ternuras. Así que la reconciliación conmovió todos los corazones como una de las consecuencias más venturosas de ese pleito ganado aquel mismo día ante la congregación del Concilio. Morano arrepentido, *donna* Serafina reapareciendo apoyada en el brazo de Morano en aquella fiesta suntuosa, equivalía al amor vencedor, á las buenas costumbres salvadas y al buen orden restablecido.

Fué, empero, más profunda la sensación, cuando detrás



de su tía se vió que entraba Benedetta al lado de Darío. Esa indiferencia tranquila hacia las conveniencias, el día mismo en que el casamiento se había declarado anulado, esa victoria de su amor confesado ante todos, apareció de una audacia tan hermosa, de una bravata tal de juventud y de esperanza, que en seguida fué perdonada en medio de un rumor de universal admiración. Lo mismo que para Celia y Attilio los corazones volaban hacia ellos, atraídos por el esplendor de la belleza que se desprendía, por lo extraordinario de la dicha que en sus rostros se reflejaba. Darío, pálido aun á consecuencia de la larga convalecencia, tenía aún con su delicadeza un poco flaca, sus hermosos ojos de niño grande, su barba negra y rizosa de dios joven, una esbelta fiereza en la que se encontraba toda la vieja sangre de los príncipes de Boccanera. Benedetta, la muy blanca, bajo el casco de su negrísimo cabello, la muy tranquila, la muy prudente, refase con esa hermosa risa tan rara en ella, pero de una seducción irresistible que la transfiguraba dando encanto de flor á su boca un poco carnosa, y llenaba de una claridad de cielo el infinito de sus ojos sombríos, insondables. Y, para aquella adolescencia que volvía tan alegre y tan buena, tuvo el buen gusto, el delicioso instinto de ponerse un traje blanco, un traje sencillo de soltera, cuyo símbolo revelaba su virginidad, el gran lirio puro que había seguido siendo obstinadamente para el marido de su elección. No se mostraba aún nada de su carne, ni siquiera el discreto escote permitido en la garganta. Era el misterio de amor, de amor impenetrable, terrible, una belleza soberana de mujer cuyo poderío dormía velado de blanco. No llevaba ningún adorno, ni una alhaja en las manos ni en las orejas. En el cuello, nada más se veía que un collar digno de una reina, el famoso collar de perlas de los Boccanera que había heredado de su madre y que Roma entera conocía, perlas de un grandor extraordinario, colocadas negligentemente sobre su cuello y que bastaban para darla, á pesar de lo sencillo de su vestido, un aire de realeza.

—¡Ah!—murmuró Pedro extasiado.—¡Qué dichosa y qué hermosa es!

En seguida se arrepintió de haber pensado así en alta voz, porque oyó á su lado una sorda queja de fiera, un in-

voluntario gruñido que le recordó la presencia del conde. Este, por otra parte, ahogó ese grito de su herida bruscamente abierta otra vez. Y tuvo fuerza para fingir una alegría brutal.

—¡No les falta aplomo á los dos! Confío en que van á casarlos y acostarlos delante de nosotros.

Pesándole después la grosería de esa broma, en la que se sublevaba el sufrimiento de su deseo no saciado de macho, quiso mostrarse indiferente.

—En realidad está muy hermosa esta noche. Sabed que tiene los hombros más hermosos del mundo y que es un verdadero éxito para ella, más que el parecer hermosa, el no enseñarlos esta noche.

Continuó charlando con aire indiferente contando una porción de detalles acerca de aquella á la que se empeñaba en seguir llamando la condesa. Habíase empero metido más en el hueco de la ventana por temor sin duda á que se observase su palidez ó el gesto nervioso que contraía sus labios. No se hallaba en estado de luchar, de mostrarse insolente y risueño al lado de la alegría de la pareja, que tan ingenuamente hacía gala de la suya. Y se consideró muy dichoso con el respiro que le proporcionó en aquel momento la llegada del rey y de la reina.

—¡Ah! ¡Ahí están sus majestades!—exclamó volviéndose hacia la ventana.—¡Mirad qué empellones hay en la calle!

En efecto, á pesar de estar cerradas las ventanas ofase un prolongado murmullo de multitud, un rumor sordo que subía desde la calle. Y habiéndose asomado Pedro, vió, al resplandor de las lámparas eléctricas, cómo se extendía un mar de cabezas invadiendo la calle, estrujándose alrededor de las carrozas. Anteriormente, en muchas ocasiones, había encontrado al rey durante sus cotidianos paseos á la villa Borghesse, yendo allí como un modesto particular, como un buen ciudadano de la clase media, sin guardias y sin escolta y no llevando en su compañía en el coche más que un ayudante de campo. Otras veces habíale visto solo, guiando un ligero faetón, y acompañado sencillamente de un criado con librea negra. Y hasta una vez le acompañaba la reina, sentados ambos lado á lado, como un matrimonio feliz que se pasea para



distraerse. Y la gente atareada de las calles, los paseantes de los jardines, al verlos pasar así, saludábanlos con un gesto afectuoso sin importunarlos con sus aclamaciones, mientras que los más expansivos se contentaban con acercarse libremente para sonreírles. Por esto Pedro, acostumbrado á la idea que se formaba de los reyes que se guardan y que desfilan rodeados de gran pompa militar, habíanse sorprendido mucho y hasta conmovido ante la bondad de ese regio matrimonio que se movía á su libre albedrío, con tan hermosa seguridad y en medio del amor sonriente de su pueblo. Por todas partes tenía otros detalles del Quirinal que le daban á conocer la bondad y sencillez del rey, su deseo de paz, su pasión por la caza, la soledad y el aire libre del campo que con frecuencia, en medio del hastío del poder, hacíanle soñar con una vida libre, alejada de esa tarea autoritaria de soberano para la cual no había nacido. Pero la a florada era sobre todo la reina, con su honestidad tan natural y serena que ella era la única que ignoraba los escándalos de Roma, muy instruida, muy al corriente de todas las literaturas y considerándose dichosa al ser inteligente y superior á gran número de los que la rodeaban y sabiéndolo, gustándolo demostrarlo sin esfuerzo y con una gracia perfecta.

Prada, que lo mismo que Pedro, se había acercado á los cristales, señaló con un gesto á la multitud.

—Ahora que han visto á la reina se irán contentos á acostarse. Os respondo de que ahí abajo no hay ni un solo agente de policía... ¡Ah! ¡Ser querido!... ¡Ser querido!...

El malestar volvíase á apoderar de él y se volvió bromeando hacia la galería.

—¡Atención! Se trata de hallarse presente á la entrada de sus majestades. Esto es lo más hermoso de la fiesta.

Transcurrieron algunos minutos y la orquesta bruscamente interrumpió una polca para tocar, con toda la sonoridad y ruido de sus cobres, la marcha real. Entre los bailarines se produjo un trastorno muy grande quedando vacía media sala. Entraron el rey y la reina acompañados por el príncipe y la princesa Buongiovanni que habían bajado á recibirlos al portal. El rey vestía sencillamente de negro, de frac, y la reina llevaba un traje de raso color

paja cubierto de admirable encaje blanco. Bajo la diadema de brillantes, que adornaba su cabeza y sus hermosos cabellos rubios, conservaba un aire muy grande de juventud, un rostro redondo y fresco, expresión de la amabilidad, la dulzura y el ingenio. La música entretanto seguía tocando con el entusiasmo de la bienvenida. Tras de su padre y de su madre presentóse Celia en medio de los apretados grupos de convidados que seguían al cortejo para ver; después se acercaron Attilio, los Sacco, los parientes y los personajes oficiales. Y mientras se esperaba que la marcha real terminase no había aún, en medio de la sonoridad de los instrumentos y del resplandor de las lámparas, más que saludos, miradas, sonrisas, en tanto que los convidados, en pie, se empujaban, se ponían de puntillas alargando el cuello y centelleándoles la mirada entre un flujo creciente de cabezas y de hombros, resplandecientes de pedrería.

Por último se calló la orquesta y se verificaron las presentaciones. Sus majestades, que ya conocían á Celia, la felicitaron con una bondad completamente paternal. Sacco, tanto como ministro como padre, tenía gran empeño sobre todo en presentar á su hijo Attilio. Encorvó su flexible espinazo de hombrecillo, encontró las hermosas palabras que le hacían falta y tan bien lo arregló que fué al teniente al que hizo inclinar ante el rey mientras que reservaba para la reina el homenaje del apuesto joven tan apasionadamente amado. De nuevo dieron sus majestades pruebas de su amable benevolencia hasta para con la señora Sacco que, como siempre prudente y modesta, procuraba pasar desapercibida. Y entonces, en seguida, ocurrió un hecho cuyo relato, aumentado al pasar de salón en salón, debía producir comentarios al fin. Al ver á Benedetta, á la que el conde había presentado á la corte cuando se casó, sonrióse la reina, pues su belleza y sus encantos inspirábanla tierna admiración; de manera que, obligada á acercarse, obtuvo la joven la señalada honra de sostener una conversación de algunos minutos en la que se pronunciaron amables palabras de que llegaron á oídos de los que estaban más cerca. Indudablemente la reina debía ignorar el acontecimiento del día, el casamiento con Prada anulado y la unión próxima con Darío anun-



ciada públicamente en aquella suntuosa fiesta en la que se festejaban dobles esponsales. Pero la impresión estaba producida y no se hablaba más que de los cumplimientos dirigidos á Benedetta por la más virtuosa é inteligente de las reinas, y su triunfo fué en aumento, pareciendo que era más hermosa, más altiva, más victoriosa en su dicha de poder ser al fin del esposo elegido y esa dicha hacía resplandecer.

Entonces experimentó Prada indecibles sufrimientos. Mientras que los soberanos seguían conversando, la reina con las damas que iban á saludarla y el rey con oficiales y diplomáticos, y se verificaba un desfile de personas importantes, Prada no veía más que á Benedetta felicitada, acariciada en plena ternura y en plena gloria. Darío estaba allí, á su lado, gozando y brillando con ella. Era por ellos por los que se daba aquel baile; por ellos por los que brillaban las lámparas, tocaba la orquesta, habíanse adornado con sus mejores preseas y puesto sus cuellos y hombros el descubierto las más hermosas mujeres de Roma, con las gargantas resplandecientes de brillantes y exhalando violento perfume de amor; era por ellos por los que sus majestades habían entrado á los acordes de la marcha real; por ellos aquella fiesta espléndida rayaba en los límites de la apoteosis; por ellos sonreíase una soberana adorada y adorable, llevando á aquellos esponsales el regalo de su presencia, semejante á una hada de los cuentos azules, cuya presencia asegura la felicidad de los recién nacidos.

Y había allí, en esa hora de extraordinario esplendor, un apogeo de suerte y de alegría, una victoria de esa mujer cuya belleza le pertenecía, sin poderla poseer; de ese hombre, que al fin iba á apoderarse de ella, á quitársela, pero una victoria tan pública, tan mostrada en público, tan insultante, que la recibió en pleno rostro abrasándose como una bofetada. Además no eran solos su orgullo y su pasión los que sangraban así, sino que comprendía que estaba herido en su fortuna por el triunfo de los Sacco. ¿Sería, pues, cierto, que el clima delicioso de Roma, debía acabar por corromper á los rudos conquistadores del Norte, puesto que él experimentaba esa sensación de fatiga y de cansancio, y se sentía ya medio consumido? Aquel

mismo día en Frascati, con aquel desastroso negocio de construcciones, oyó crujir sus millones, por más que se resistiese á confesar que sus negocios iban mal, como circulaba el rumor; mientras que aquella noche, y en medio de la fiesta, veía vencer al Mediodía, á Sacco, que se lo llevaba por delante como hombre que vive á sus anchas á costa de presas frescas preparadas golosamente bajo un sol de fuego. Ese Sacco ministro, ese Sacco familiar del rey, emparentado por el casamiento de su hijo con las más nobles familias de la aristocracia romana, estaba en camino de ser algún día el amo de Roma y de Italia, removiendo desde entonces á manos llenas el dinero y el pueblo; ¡qué bofetada más grande para su vanidad de hombre de presa y de conquista, para sus apetitos siempre voraces de gozador, que comprendía que le expulsaban de la mesa antes que llegase la hora del fin del festín! Todo se derrumbaba, todo se escapaba, Sacco le robaba sus millones, Benedetta torturaba sus carnes al dejar en ellas ese abominable tormento de deseo no saciado del que no debía curarse jamás.

En aquel momento Pedro oyó de nuevo aquella sorda queja de fiera, aquel gruñido involuntario y desesperado, que le había trastornado ya el corazón. Miró al conde y le preguntó:

—¿Sufrís?

Pero al ver que aquel hombre estaba lívido, y que conservaba su calma gracias á un esfuerzo sobrehumano de voluntad, pesóle haber hecho aquella indiscreta pregunta que, por otra parte, quedó sin respuesta. Por esto, para permitirle reponerse, continuó exponiendo en alta voz las reflexiones que hacían nacer en él el espectáculo de la pompa que se desarrollaba ante sus ojos.

—¡Ah! ¡Cuánta razón tenía vuestro padre! Nosotros, los franceses, con nuestra educación tan profundamente católica, aun en estos tiempos de duda universal, no vemos en Roma más que la Roma secular de los papas, sin saber casi, sin poder comprender las modificaciones profundas que, de año en año, la transforman en la Roma italiana de hoy en día. ¡Si supieseis que cuando llegué aquí consideraba como cantidades no apreciables á ese rey con su gobierno, á ese pueblo joven que trabaja para crear una



gran capital! Sí, yo dejaba á un lado todo eso, lo descartaba sin tenerlo en cuenta, dominado por mi deseo de resucitar á Roma, á una nueva Roma cristiana y evangélica que hiciese la dicha de los pueblos.

Rióse el conde ligeramente, inspirándole lástima tanto candor, y, con el gesto, le señaló en la galería al príncipe Buongiovanni, en aquellos momentos inclinado ante el rey, á la princesa escuchando las galanterías de Sacco, á la aristocracia papal abatida, á los advenedizos de ayer aceptados, y la sociedad negra y la sociedad blanca mezcladas hasta un extremo tal, que allí no había más que súbditos en vísperas de no constituir más que un pueblo. ¿No se indicaba como fatal en los hechos, ya que no en los principios, la imposible conciliación entre el Quirinal y el Vaticano, ante la evolución diaria de esos hombres, de esas mujeres llenas de alegría, sonrientes y adornadas y á todos los que arrastraba el aliento del deseo? ¡Era necesario vivir, amar y ser amado, sentir la vida eternamente! El casamiento de Attilio y de Celia, iba á ser el símbolo de la unión necesaria, la juventud y el amor vencedores de antiguos rencores, el olvido de todas las querellas en ese abrazo del apuesto mancebo que pasa y se lleva en sus brazos á la hermosa joven conquistada, para que el mundo continúe.

—¡Vedlos!—replicó Pedro.—¡Qué hermosos son esos desposados tan jóvenes, alegres y sonriendo al porvenir! Comprendo que vuestro rey haya venido para halagar á su ministro, ni para acabar de unír á su trono á una de las más antiguas familias romanas; es esa la buena y paternal política. Quiero también creer que ha comprendido la conmovedora significación de ese casamiento; la antigua Roma simbolizada en la persona de esa deliciosa niña, tan ingenua y tan enamorada, entregándose á la joven Italia, á ese entusiasta y leal muchacho que lleva tan bravamente el uniforme. ¡Que su boda sea definitiva y fecunda, que nazca de ella el gran país, que con toda mi alma os deseo que lleguéis á ser, ahora que aprendí á conocerlos!

En el doloroso derrumbamiento de su antiguo ensueño de una Roma evangélica y universal pronunció esas palabras, con las que deseaba una nueva fortuna para la eterna ciudad, con una emoción tan viva y tan pro-

funda, que Prada se conmovió y no pudo por menos de contestar:

—Os doy las gracias por vuestro deseo. Hacéis un voto que está en el corazón de todo buen italiano.

Anudóse su voz; mientras que contemplaba á Celia y á Attilio que hablaban mirándose y sonriéndose, vió á Darío y á Benedetta que se acercaban á aquéllos llevando en sus rostros impresa la misma expresión de dicha, tan triunfantes de vida feliz y soberbia, que faltáronle fuerzas para continuar allí viendo ó sufriendo.

—Tengo una sed que me ahoga,—dijo bruscamente.—Vamos al buffet á tomar algún refresco.

Manióbró para deslizarse por detrás de la multitud, por el lado de las ventanas para pasar desapercibido y poder llegar hasta la puerta del salón de las Antigüedades. Pedro les siguió, pero los separó una oleada de gente, y de pronto se encontró á pocos pasos de las parejas que hablaban con mucha ternura. Reconoció Celia y le llamó con un amistoso gesto. Estaba la princesita ante Benedetta contemplándola extasiada con su culto apasionado de la belleza, cruzando ante ella sus manitas de lirio, cual pudiera haberlo hecho ante la *Madonna*.

—¡Oh! ¡Hacedme el favor, señor abate, de decirle que es hermosa! ¡Más bella que lo más bello que pueda haber en la tierra! ¡Más hermosa que el sol, la luna y las estrellas! ¡Si supieses, querida, que me hace estremecer el ver que eres hermosa hasta ese extremo, hermosa como la dicha, bella como el amor!

Benedetta se echó á reír mientras que los dos jóvenes la hacían coro.

—Eres tan hermosa como yo, amiga mía... Es porque somos felices por lo que parecemos hermosas.

Celia repitió con dulzura:

—Sí, sí, dichosas... ¿Te acuerdas del día en que me decías, que no producía buen resultado el querer casar al papa y al rey? ¡Pues bien, Attilio y yo los casamos y sin embargo somos felices!

—Pero Darío y yo no los unimos, al contrario,—replicó alegremente Benedetta.—Te diré lo que tú me respondiste aquella misma noche, basta amarse y se salva el mundo.



Cuando Pedro pudo por fin llegar á la puerta de la sala de las Antigüedades, en la que estaba instalado el buffet, encontró en ella á Prada en pie, clavado allí, inmobilizado, llenándose los ojos á pesar de todo, con el atroz espectáculo de que había querido huir. Había tenido que volverse, ver y ver más aun. Y así fué cómo asistió, sangrándole el corazón, al acto de reanudarse el baile; á la primera figura de un rigodón que preludiaba la orquesta con el estrépito de sus cobres. Benedetta y Darfo, Celia y Attilio formaban el «vis á vis». Fué aquello tan encantador, tan adorable, aquellas dos parejas tan juveniles y llenas de alegría moviéndose en medio de la blanca claridad, en el lujo y con el aroma del amor, tanto que el rey y la reina se acercaron é interesaron. Estallaron bravos de admiración, una ternura infinita que se esparció por todos los corazones.

—¡La sed me ahoga! ¡Venid!—repitió Prada que, al cabo, pudo arrancarse á su tortura.

Mandó que le sirviese un vaso de limón helado queapuró de un sorbo, con el ademán glotón de un calenturiento que cree que jamás apagará el fuego interior que le consume.

La sala de las Antigüedades era una vasta habitación embaldosada con un mosaico, con las paredes cubiertas de estuco en la que se encontraba á lo largo de las mismas, una célebre colección de vasos, jarrones, bajo relieves y estatuas, los mármoles eran los que dominaban; había también algunos bronceos, entre otros un gladiador moribundo de una belleza incomparable; pero la maravilla era la famosa Venus, una pareja de la célebre del Capitolio, más esbelta que ésta, más fina y con el brazo izquierdo caído con un ademán de voluptuoso abandono. Aquella noche un poderoso reflector eléctrico, arrojaba sobre ella una deslumbradora claridad de astro, y el mármol, en su divina y pura desnudez, parecía vivir con una vida sobrehumana, inmortal.

Junto á la pared del fondo, habían instalado el buffet, una gran mesa cubierta con un mantel bordado, cargado de platos y centros llenos de frutas, pasteles y fiambres. Por entre las botellas de Champagne, asomaban los ramos de flores, de las garrafas de ponche caliente, de sor-

betes y de quesitos helados, del ejército de vasos, copas, tacitas para té ó para *consomé*, una riqueza, en fin, de porcelana, cristal ó plata que relucía bajo las lámparas. La bien ideada innovación que habían introducido consistía, en que llenaron media sala con hileras de mesitas, en las que los convidados, en vez de tomar sus refrescos ó refrigerios en pie, podían sentarse y hacerse servir como en un café.

En una de aquellas mesitas vió Pedro á Narciso, sentado al lado de una señora joven, y Prada se acercó al reconocer en ésta á Lisbeth.

—Ya estáis viendo cómo me encontráis en buena compañía,—dijo galantemente el agregado de la embajada,—y una vez que nos perdimos, me pareció que no podía hacer nada mejor que ir en busca de esta señora para ofrecerla el brazo y acompañarla aquí.

—Y fué una buena idea, tanto más cuanto yo tenía mucha sed,—dijo Lisbeth, con su plácida sonrisa.

Habíanse hecho servir café helado que bebían y paladeaban lentamente con la ayuda de preciosas cucharillas doradas.

—Yo también me muero de sed y no puedo saciarla con nada; ¿nos convidáis, no es así, querido amigo? Ese café helado me calmará, tal vez, un poco... ¡Ah! Permittedme, querida amiga, que os presente al señor abate Froment, joven presbítero francés de los más distinguidos.

Permanecieron así los cuatro charlando y riéndose con el espectáculo de los demás convidados que desfilaban ante ellos. Prada, empero, seguía preocupado, á pesar de su acostumbrada galantería para con su amiga; por momentos se olvidaba del sitio en que se hallaba, volviendo á apoderarse de él su dolor; sus ojos, á pesar de todo, fijábanse en dirección de la galería inmediata, desde donde llegaban hasta allí rumores de baile y de música.

—¡Y bien! ¿En qué estáis pensando, amigo mío?—dijo Lisbeth con cariño, al verle durante un momento tan trastornado y pálido.—¿No os encontráis bien?

No respondió á la pregunta, y luego dijo de pronto:

—Mirad: ahí tenéis la verdadera pareja, ¡ahí tenéis el amor y la dicha!

Y señaló con un gesto á la marquesa de Montefiori, la



madre de Darío, á la que acompañaba su segundo marido, ese Julio Laporte, antiguo sargento de la guardia suiza que tenía quince años menos que ella, al que pescara en el Corso con sus ojos de fuego que aun se conservaban soberbios, y del que había hecho un marqués de Montefiori, pero de una manera triunfal, para que le perteneciese sólo á ella. En los bailes, en las reuniones no le soltaba, obligándole á darla el brazo en todas partes á pesar de la costumbre, haciéndose acompañar por él al buffet, tan satisfecha estaba al encontrar aquel buen mozo, del que se enorgullecía. Y ambos bebían Champagne, comían sandwiches, en pie, ella con su belleza maciza, extraordinaria aun, á pesar de sus cincuenta años bien cumplidos, él con su fiera apostura, el mostacho al aire, á manera de aventurero feliz, cuya brutalidad alegre agradaba á las damas.

—Habéis de saber que la marquesa ha tenido que sacarle de un mal paso,—dijo el conde, bajando la voz.—Sí, ese hombre se ganaba la vida vendiendo reliquias y haciendo el corretaje de éstas en los conventos de Suiza y de Francia, y había colocado muchísimas que los judíos de aquí fabricaban, haciendo relicarios antiguos de todos los tamaños, que llenaban con pedazos de huesos de carnero, todo ello sellado y rubricado por las autoridades más auténticas. Echaron tierra sobre el asunto en el que se encontraban comprometidos también tres prelados. ¡Ah! ¡Hombre feliz! ¡Observad cómo se lo come ella con los ojos! ¡Y á él, vedle, parece un gran señor son su manera de ofrecerle ese plato, del que ella coge una pechuga de ave!

Luego con rudeza, con una ironía sorda y áspera siguió hablando de los amores en Roma. Las mujeres eran ignorantes, testarudas y celosas. Cuando una mujer conquistaba á un hombre le conservaba toda la vida, era como su hacienda, una cosa de su propiedad, de la que disponía á su antojo y para su placer. Y como ejemplos citaba relaciones inacabables como las de *donna* Serafina y el abogado Morano, que llegaban á convertirse en verdaderos matrimonios y se burlaba de esa falta de fantasía, de ese don total y demasiado pesado, de esos besos que se aburgue-

saban y que no podían concluir, si es que concluían, más que con una catástrofe de las más desastrosas.

—Pero ¿qué es lo que os pasa, qué es lo que tenéis, amigo mío?—exclamó de nuevo Lisbeth, echándose á reír.—¡Es muy bonito, por el contrario, todo lo que nos contáis! Cuando se ama es preciso amar siempre.

Estaba preciosa con su fino cabello rubio, vaporoso y su delicada blanca desnudez, y Narciso, lánguidamente, con los ojos medio cerrados, la comparó con una figura de Botticelli que había visto en Florencia. La noche iba avanzando, y Pedro se sumía por momentos en una preocupación sombría cuando oyó decir á una señora que pasaba que había empezado á bailarse el cotillón. En efecto, á lo lejos oíase el cobre de la orquesta, y entonces recordó bruscamente la cita que monseñor Nani le había dado para el saloncito de los espejos.

—¿Os marcháis?—preguntó Prada con mucha viveza, al observar que el presbítero saludaba á Lisbeth.

—No, aun no.

—¡Ah! Está bien; no os vayáis sin mí. Quiero andar un rato y os acompañaré hasta allá abajo, ¿estáis conforme? Bueno, pues aquí me encontraréis.

Tuvo Pedro que atravesar dos salones: uno amarillo y otro azul, antes de llegar al final en el que se hallaba el saloncito de los espejos. Este último era en realidad una maravilla, de barroco exquisito, una rotonda de espejos pálidos rodeados por admirables dorados hechos en la madera tallada. Hasta en el techo inclinábanse los espejos de tal manera que, desde cualquier sitio, las imágenes se multiplicaban, se mezclaban y cruzaban hasta lo infinito. Por una acertada discreción no había llegado hasta allí la luz eléctrica, y dos candelabros cargados de velas de color de rosa, eran los únicos que alumbraban la habitación. Los cortinajes, lo mismo que la tela que tapizaba los muebles, eran de un color azul muy pálido. La impresión que se experimentaba al entrar allí era la de una dulzura, la de un encanto sin igual, semejante á la que se sentiría al hallarse entre las hadas reinas de las fuentes, en medio de un palacio de límpidas aguas iluminado hasta en sus más lejanas profundidades por haces de estrellas.

Vió en seguida Pedro á monseñor Nani, sentado tran-



quilamente en un sofá bajito, y como éste último había previsto, hallábanse completamente solos, pues el cotillón había hecho que todo el mundo se marchase á las galerías. Un silencio profundo reinaba allí y apenas se oía la orquesta que iba á morir allá en un vago y apagado sonido de flauta.

El presbítero se excusó por haberle hecho esperar.

—No, no, querido hijo,—contestó monseñor Nani con su amabilidad que con nada se agotaba,—no me cansé, pues estuve muy á mi gusto en este cielo... Cuando vi que la muchedumbre era demasiado amenazadora me refugié aquí.

No le habló de sus majestades; pero dió á entender que cortésmente había evitado su presencia. Si había ido era porque profesaba grande estimación á Celia, y también con un propósito de la más elevada diplomacia; para que no pareciese que el Vaticano rompía de hecho y para siempre con los Buongiovanni, con esa antiquísima familia tan famosa en los anales del papado. Sin duda, el Vaticano no podía firmar en ese contrato matrimonial que parecía unir la antigua Roma al joven reino de Italia; pero, sin embargo, no quería pasar como desapercibido, olvidando y abandonando á sus más fieles servidores.

—Vamos, hijo mío,—siguió diciendo el prelado,—ahora se trata de vos. Ya os dije que si la congregación del Índice había resuelto condenar vuestro libro, la sentencia no se sometería al Padre Santo hasta pasado mañana para que éste la firmase. De modo que tenéis un día por delante.

Pedro no pudo por menos de interrumpirle con dolorosa vivacidad:

—Mas ¡ay! monseñor. ¿Qué queréis que yo haga? He reflexionado mucho y no encuentro ninguna ocasión, ningún medio de defenderme. ¡Ver á Su Santidad, y cómo, cuando ahora precisamente está tan enfermo!

—¡Ah! ¡Sí, enfermo! ¡Enfermo!—murmuró Nani con su aire sutil.—Su Santidad se encuentra mucho mejor, puesto que hoy mismo he tenido el honor de ser recibido en audiencia. Cuando dicen que Su Santidad está enfermo deja que lo digan, con eso descansa y puede juzgar de lo

que son á su alrededor ciertas ambiciones y algunas impaciencias.

Pero Pedro estaba demasiado preocupado para hacer caso de nada, y siguió diciendo:

—No, todo está concluído y estoy desesperado. Me hablasteis de milagro y no tengo fe en ellos. Puesto que en Roma me han derrotado me marcharé y volveré á París, en donde continuaré la lucha. ¡Oh! Mi alma no puede resignarse, mi esperanza de salvación por el amor no puede morir y responderé con un nuevo libro en el que diré en qué tierra nueva debe crecer la nueva religión!

A estas palabras siguió un momento de silencio. Nani contempló á Pedro, con sus ojos claros en los que la inteligencia tenía la claridad y lo cortante del acero. En medio de la calma, del aire pesado y cálido del saloncito, en el que los espejos reflejaban bujías sin cuento, penetró un acorde más sonoro de la orquesta, con lento tiempo de vals y después se apagó.

—La cólera es siempre mala consejera, hijo mío. ¿Os acordáis que en cuanto llegasteis os prometí, que cuando lo hubieseis intentado todo para ver á Su Santidad, haría yo á mi vez una tentativa?

Y observando que el presbítero se agitaba añadió:

—Escuchadme, y no os excitéis así... A Su Santidad ¡por desgracia! no le aconsejan siempre con prudencia, pues tiene á su alrededor personas á cuya adhesión falta muchas veces la inteligencia que sería de desear. Fué por eso por lo que tuve buen cuidado, haré unas tres semanas, de entregar vuestro libro á Su Santidad para que se dignase fijar en él sus miradas. Sospechaba que no lo habían dejado llegar á sus manos... Y he aquí lo que estoy encargado de deciros. Su Santidad, que llevó su gran bondad hasta el extremo de leer vuestro libro, desea veros.

Un grito de alegría y de gracias se anudó en la garganta de Pedro.

—¡Ah! ¡Monseñor! ¡Monseñor!

Hízole Nani con gran viveza que se callase, y miró á todos lados con mucho temor, con un aire de extrema inquietud, como si tuviese miedo de que alguien los pudiese oír.

—¡Silencio! ¡Silencio, que esto es un secreto! Su Santi-



dad desea recibiros reservadamente y sin que nadie se entere de que lo hace... Fijaos bien en lo que voy á decir. Son las dos de la madrugada ¿no es así? pues bien, hoy mismo á las nueve en punto de la noche os presentaréis en el Vaticano y en todas las puertas preguntaréis por el señor Squadra y en todas partes os dejarán pasar. Arriba os esperará y os introducirá. ¡Y ni una palabra! ¡Que ni un alma se entere de estas cosas!

La dicha, el reconocimiento de Pedro se desbordaron al fin. Y asíó las manos regordetillas y blancas del prelado.

—¡Ah! ¡Cómo expresaros toda mi gratitud, monseñor! ¡Si supieseis que la noche y la rebelión se habían apoderado de mi alma desde que vi que era juguete de esas todopoderosas eminencias que se burlaban de mí! Pero me salváis, y estoy seguro de nuevo de que venceré, puesto que, por fin, voy á poderme arrojar á los pies de Su Santidad, el padre de toda verdad y de toda justicia, que no puede por menos de absolverme, porque le amo, le admiro y porque estoy cada vez más convencido de que luché más que nunca por su política y por sus ideas más queridas... No... No, es imposible, no firmará la sentencia... ¡no condenará mi libro!...

Nani, que había conseguido desasir sus manos, hacía esfuerzos para calmarle con gestos fraternales, sin abandonar por eso su sonrisita despreciativa ante un gasto tan inútil de entusiasmo. Consiguiólo al cabo y le suplicó que se alejase. En el momento en que el presbítero se alejaba, dándole aún las gracias, le dijo:

—Acordáos, hijo mío, de que sólo es grande la obediencia.

Pedro, que tenía grandes deseos de marcharse, encontró casi en seguida á Prada que le esperaba en la sala de las armaduras. Sus majestades hacía muy poco que habían abandonado el baile con gran ceremonia acompañandoles hasta el coche los Buongiovanni y los Sacco. La reina besó maternalmente á Celia, mientras que el rey estrechaba la mano á Attilio, honores de una bondad natural que enorgullecieron á las dos familias. Muchos convidados siguieron el ejemplo de los soberanos y se marchaban también formando grupitos. Y el conde que parecía muy ex-

citado, más áspero y más amargo que antes, estaba impaciente y deseaba alejarse de allí cuanto antes.

—¡Al fin! Os estaba esperando. Si queréis, marchémosnos cuanto antes... Vuestro compatriota, el señor Narciso Habert, me rogó que os dijese que no le esperaseis más. Bajó para acompañar á mi amiga Lisbeth hasta su coche... en cuanto á mí, tengo necesidad de respirar aire libre... quiero dar un paseo á pie y os voy á acompañar hasta la vía Julia.

Después, y en el momento en que ambos recogían sus abrigos en el guardarropa, añadió con su voz brutal:

—Acabo de ver á los cuatro cómo se marchaban... á vuestros buenos amigos, y hacéis muy bien en regresar á pie al palacio, porque no había sitio para vos en la carroza... ¡Qué hermosa desvergüenza la de *donna* Serafina, á su edad, haberse atrevido á venir aquí con su Morano, como para celebrar en triunfo el regreso del infiel! ¡Y los otros! ¡Los dos jóvenes! ¡Ah! Confieso que me es imposible hablar de ellos con calma, porque esta noche, al tener el atrevimiento de mostrarse de esa manera, han cometido una abominación de una impudencia y de una crueldad sin ejemplo!

Sus manos temblaban y siguió diciendo entre dientes:

—¡Buen viaje, buen viaje para ese joven, puesto que se va á Nápoles! ¡Sí, le oí que decía á Celia que se marcharía esta tarde á las seis á Nápoles! Pues bien, que mis votos le acompañen y buen viaje.

Al llegar á la calle experimentaron los dos hombres una sensación de bienestar al salir del calor asfixiante de las salas y entrar en la noche admirable límpida y fría. Era una noche de luna llena, soberbia, una de esas noches de Roma en las que la ciudad duerme bajo el cielo inmenso envuelta en una claridad elísea, como mecida por un ensueño de infinito. Y siguieron el mejor camino, bajaron por el Corso y siguieron en seguida por la vía de Víctor Manuel.

Prada habíase tranquilizado un poco pero seguía mostrándose irónico; hablando para aturdirse, con febril fatuidia volviendo á tratar de la mujer romana, de aquella



fiesta que antes le parecía espléndida y de la que á la sazón se burlaba.

—Sí, es indudable, llevaban trajes riquísimos; pero que no las sentaban bien, trajes que han mandado traer de París y que naturalmente no pudieron probarse. Lo mismo pasa con sus allhajas; tienen aún diamantes y sobre todo perlas hermosísimas, más están montadas de una manera tan tosca que parecen horrorosas. ¡Y si supieseis cuán grande es su frivolidad, su ignorancia bajo su aparente vanidad! Todo está en ellas en la superficie hasta la religión, debajo no hay nada más que un vacío insondable. Mientras estuve en el buffet las miré mientras se atracaban. ¡Ah! ¡Hay que confesar que tienen buen apetito! Fijáos, sin embargo, en que esta noche los convidados se han portado bastante bien y que no han devorado mucho; pero si asistieseis á un baile de corte presenciariais un pillaje sin nombre, veríais asaltado el buffet y desaparecer los platos en medio de empujones de una voracidad extraordinaria.

Pedro no respondió más que con monoslabos. Dominábale únicamente una alegría desbordadora al pensar en la audiencia concedida por el papa, con la que soñaba ya, preparando hasta los menores detalles sin poderse confiar á nadie. Y los pasos de los dos resonaban en el pavimento seco de la larga y amplia avenida, desierta y clara mientras que la luna recorrlaba claramente las negras sombras.

Bruscamente callóse Prada. Habíase agotado su bravuconcha charla y estaba como invadido, paralizado por la horrorosa lucha que se libraba en él. En dos ocasiones distintas su mano había tocado el billete escrito con lápiz que llevaba en el bolsillo del frac y cuyas cinco líneas repetía: «Una leyenda asegura, que la higuera de Judas, retonó en Frascattí, y que sus frutos son mortales para cualquiera que desee ser papa. No comáis esos higos emponzoñados, y no los deis á los vuestros, ni á vuestras gallinas.»

La cartita estaba allí, la tocaba, y si había querido acompañar á Pedro era para echarla en el buzón del palacio Boccanera. Continuaba andando con un paso muy vivo; la carta iba á parar al buzón antes de que pasasen diez minutos; ningún poder humano podía impedirle que la echa-

se allí, puesto que tenía la firme voluntad de hacerlo. No cometería jamás la infamia, el crimen, de dejar que envenenasen á la gente.

Pero ¡qué torturas tan abominables sufría! ¡Esa Benedetta y ese Darío evocaron en él una tremenda tempestad de celoso rencor! Olvidóse de Lisbeth, á la que amaba, y á aquel niño, sér de su carne que constituía su orgullo. La mujer había excitado siempre en él deseos de macho conquistador y no había gozado violentamente más que con las que se le resistieron. Y á la sazón existía una en el mundo que la había deseado, que la compró al casarse con ella y que en seguida se negó á ser suya. Y esa mujer, que era la suya, ni la había poseído ni la poseería jamás. Para poseerla habría sido capaz, en otros tiempos, de incendiar á Roma y entonces se preguntaba qué era lo que podría hacer para impedir que fuese de otro. ¡Ah! Ese pensamiento era el que abría una vez más la herida mal cerrada de su costado: el pensamiento de que otro gozase de su propiedad ¡cómo debían burlarse los dos juntos de él! ¡Cuánto y cuánto no le habían ridiculizado arrojando al viento el embuste de su pretendida impotencia, que comprendía que, á pesar de todas las pruebas en contrario que pudiese proporcionar de su virilidad, le había herido! Sin creerlo, hacía mucho tiempo que les acusaba de ser querido y querida, reuniéndose por la noche, no teniendo más que una alcoba en el fondo de aquel sombrío palacio Boccanera, en el que las historias de amor eran legendarias.

Al presente iba á poderse realizar, porque eran libres, y al menos estaban desligados del lazo religioso. Véalos lado á lado en el mismo lecho y evocaba visiones abrasadoras, sus abrazos, sus besos y el ensimismamiento de su delirio! ¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Que se hundiese la tierra antes que sucediese eso!

Después, en el momento en que Pedro y él abandonaban la avenida de Víctor Manuel para internarse en las calles de la antigua ciudad, ahogadas y tortuosas, que van á parar á la vía Julia, se vió ante el buzón del palacio Boccanera, echando la carta. En seguida se dijo cómo iban á pasar las cosas. La carta dormiría hasta por la mañana en el buzón. Don Vigilio, el secretario, que por orden expresa



del cardenal guardaba la llave del mismo; bajaría muy temprano, encontraría la carta y la entregaría á su eminen-  
cia, que no permitía que le abriesen nunca ninguna. Entonces tirarían los higos y no habría crimen posible, haciéndose un gran silencio acerca del hecho entre la so-  
ciedad negra.

Pero, ¿y si no encontraba la carta en el buzón, qué pa-  
saría? Admitió entonces esa suposición, vió con toda claridad llegar los higos á la mesa para el almuerzo, que era á la una, y adornarla con el lindo cestito artísticamente cu-  
bierto de hojas. Darío estaba allí, como de costumbre, solo con su tío, puesto que no marchaba á Nápoles hasta por la tarde. El tío y el sobrino ¿comían los dos los higos, ó bien uno sólo? ¿Y cuál de los dos en este caso? Aquí la visión se embrolló; era otra vez el destino en marcha; ese Destino que había encontrado en la carretera de Frascati, yendo á un objeto desconocido, sin detención posible y pa-  
snado por cima de todos los obstáculos. El cestito de hi-  
gos seguía á su tarea necesaria, y que ninguna mano del mundo podía detener ni impedir.

Extendíase sin fin la vía Julia blanqueda por la luna, y Pedro, despertando como de un sueño, se paró ante el palacio Boccanera, negro bajo el cielo de plata. En una iglesia de la vecindad dieron las tres de la madrugada. Y experimentó un ligero estremecimiento al oír á su lado una queja dolorosa de fiera herida mortalmente, ese sordo gruñido involuntario que el conde, en medio de su lucha horrorosa, había dejado escapar de nuevo.

Pero, en seguida, lanzó una carcajada burlona y dijo estrechando la mano al presbítero:

—No, no, yo no paso de aquí... Si me viesen á estas ho-  
ras y en estos lugares, se creerían que me he vuelto á enamorar de mi mujer.

Encendió un cigarro y se alejó sin volver la cara, re-  
cortándose su silueta en la clara noche.

## XIII

Pedro quedóse sorprendido cuando, al despertarse, oyó dar las doce. Con el cansancio del baile, del que se había retirado tan tarde, se quedó dormido con un sueño de ni-  
ño, de una deliciosa tranquilidad, como si al dormir hu-  
biese experimentado la dicha. Y en cuanto abrió los ojos, el sol radiante que penetraba por las ventanas le bañó de esperanza. Su primer pensamiento fué el de que aquella mis-  
ma noche, á las nueve, vería al papa. Faltaban aún diez horas; ¿qué iba á hacer durante ese día bendito, cuyo cielo puro y espléndido le pareció un presagio venturoso?

Se levantó, abrió las ventanas, dejó que penetrase el aire tibio que le pareció tenía gusto de frutas y de flores, ese gusto en que se había fijado desde el día de su llega-  
da, y del que más tarde, aunque en vano, intentó analizar la naturaleza, un gusto á rosa y á naranja. ¿Era posible que esto sucediese en Diciembre? ¡Qué país más admira-  
ble para que Abril pareciese florecer en el dintel mismo del invierno! Después, cuando acabó de vestirse, se echó de bruces en la ventana para contemplar más allá del Tí-  
ber, de color de oro, las pendientes del Janículo verdes en